

CAPÍTULO XXI

TRES SEMANAS Á PIE POR LA BARRANCA—RÍO FUERTE—SE ME MOJA MI CÁMARA—ANTIGUOS SEPULCROS ATRIBUIDOS Á LOS INDIOS TUBARES—RESULTADOS DE UN CUMPLIDO—VARIOS MODOS DE PESCAR—ENVENAMIENTO DEL AGUA—COBIJA PESCADORA.

UN frío día de fines de octubre salí de los límites de Guachochic hacia la parte alta de la gran barranca de San Carlos, hasta donde la región meridional está ocupada por tarahumares. Todo parecía triste y helado. Habíase cortado el maíz, la yerba se veía gris y el aire era glacial. Las hojas tostadas y mustias resonaban como si fuesen de papel, y al acampar cerca de una rancharía india vi una espiral de tierra y hojas secas levantadas por un remolino á dos ó trescientos pies, sobre un cielo plomizo y sombrío como el de las latitudes setentrionales en la misma época del año. Fuimos caminando al sur de Guachochic sobre cerros cubiertos de pinares, y encontrando aquí y allí algún rancho solitario.

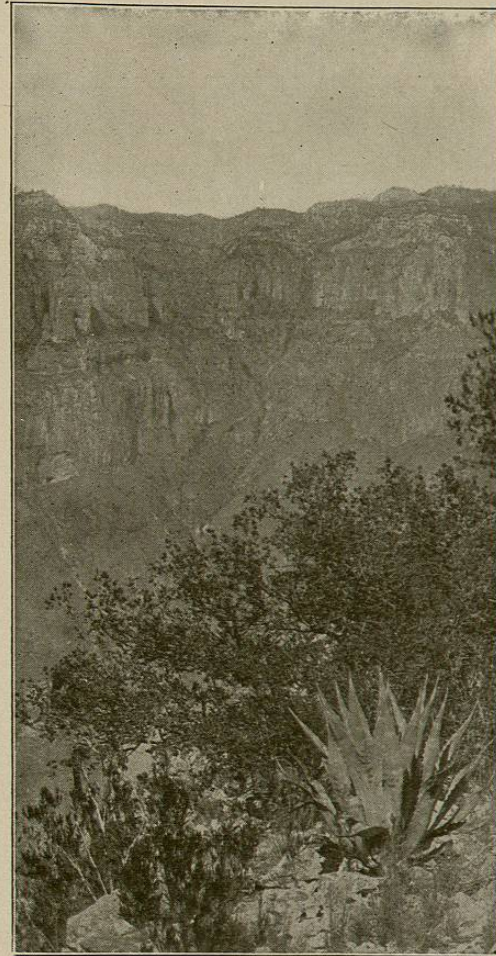
Como siete millas antes de llegar á la barranca, alcancé en un punto una altura de 8,600 pies, desde donde pude ver la vasta serranía ascendiendo hasta la abrupta garganta y disminuyendo poco á poco en anchura por el noroeste. Dejé mis animales en San Carlos, rancho recientemente establecido en aquel desierto, y me dispuse desde luego á emprender una extensa excursión á pie rumbo á la barranca y sus cercanías.

Casi toda la región de los tarahumares está surcada por el Río Fuerte, que, con sus muchos tributarios, riega otras tantas barrancas. La principal, llamada barranca de San Carlos, tiene una profundidad de 4,000 á 4,500

pies y sigue un curso sinuoso. Si en su fondo hubiera un camino transitable, podría recorrerse fácilmente en dos días la distancia que hay desde el nacimiento del río hasta un punto situado un poco abajo del pueblo de Santa Ana, donde el Río Fuerte emerge de la sierra; pero tal como está, se requeriría una semana, por lo menos, por las muchas asperezas que encierra.

Cuando hube descendido á la barranca que, después de los helados vientos de la montaña, me pareció excesivamente cálida, lo primero que visité fueron las mesas del lado meridional, donde todavía se conservan los indios bastante exentos de la mala influencia de los blancos y tienen mucho apego á su

tierra. Una noche que dormíamos en un profundo arroyo de laderas empinadísimas, nos despertó uno de los arrieros indios gritándonos: “¡Levántense! ¡Viene cayendo una piedra que nos puede pegar!” Oí un ruido, y al



En la Barranca de San Carlos, cerca de Guachochic.

instante mismo cayó una piedra como de la mitad de la cabeza de un niño, que hirió al informante mismo en el momento de levantarse medio dormido, dejándolo desmayado por un rato, pero sin que el accidente fuera de consecuencias.

Arreglé los arrieros necesarios y bajé nuevamente al río, cuyo curso seguí hacia el poniente del Nogal por unas veinticinco millas. La elevación en Nogal es de 4,450 pies, ó sea como 800 pies más alta que en el lugar en donde dejé otra vez el río. Á la salida, encontramos dos fuentes termales de agua muy caliente y de sedimento amarillo. Toda la garganta era estrecha. En algunas partes, sus dos costados se alzaban casi perpendicularmente dejando al río un paso muy angosto, y entonces teníamos que penetrar en el agua ó ascender algunos miles de pies para proseguir nuestro camino. Pero generalmente había banco de uno ú otro lado y se ensanchaba de trecho en trecho el fondo de la barranca, dejando suficiente espacio para los arbustos y aun para algún árbol, volviéndose á estrechar en seguida. En algunos de dichos lugares encontramos un arbusto llamado *baynoro*, de largas y flexibles ramas y hojas de color verde claro. Sus bayas, pequeñas y amarillas, eran dulces como la miel, pero no dejaron contentos á mis mexicanos que las comieron, porque les causaron dolor de estómago y les quitaron el apetito. Los indios se quejaron de lo mismo, pero á mí no me produjeron ningún mal efecto.

Advertimos á lo largo del río muchas huellas de tejones y nutrias, y había también patos y garzas azules.

El color del agua en los lugares hondos era verde gris, y como el río nace en lo alto de la sierra, el agua es demasiado fría para pasarla. Un día tuvimos que cruzarlo ocho veces. En ocasión semejante, un indio que con el agua hasta la cintura lo vadeaba, llevando á la espalda en un costalillo mis útiles fotográficos, olvidóse un mo-

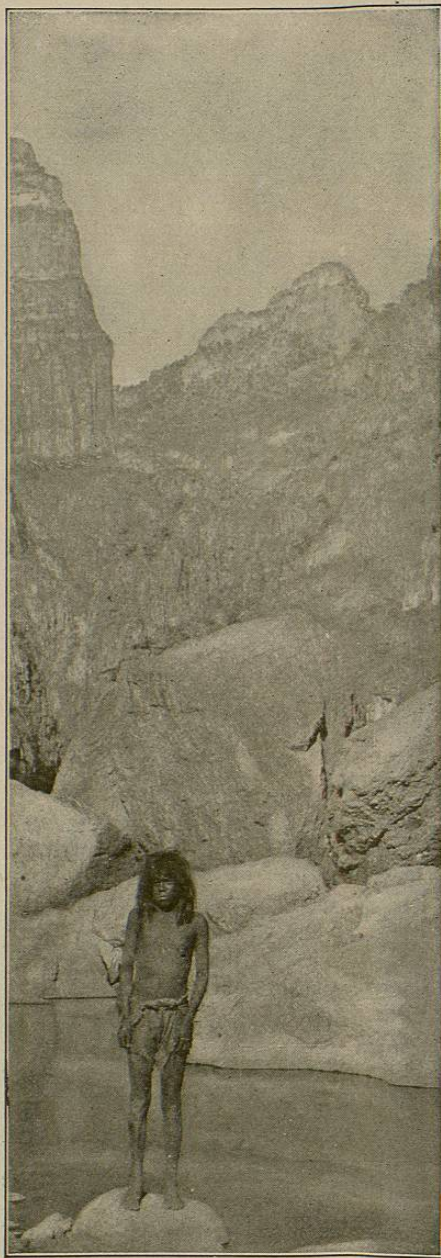


Barranca de San Carlos.

mento, á causa del extremado frío, hasta donde le colgaba la carga y la dejó sumergir en el agua. La idea de no poder, acaso por mucho tiempo, tomar vistas fotográficas, me contrarió muchísimo. Seis portaplacas estaban tan mojados que ni siquiera pude sacar los obturadores, pero afortunadamente llevaba otros aparte.

Encontramos varias cuevas habitaciones antiguas, todas más bien pequeñas, y atribuidas por los tarahumares á los indios tubares. Una de ellas estaba situada como á 250 pies arriba del fondo de la barranca. Ocupaba casi todo el ancho de la cueva una construcción de dos pisos irregularmente formada, que no llegaba al techo. El piso de la casa tenía escasamente dos yardas de ancho, pero la construcción se ampliaba mucho, siguiendo la forma de la cueva. Los materiales usados en la construcción eran piedras y lodo ó, más bien, asperón rojizo; y había pequeñas piedras colocadas con irregularidad entre las grandes. Las paredes eran sólo de cinco ó seis pulgadas de espesor y estaban cubiertas con lodo. Un poste perpendicular sostenía el techo, bastante bonito y formado de juncos ú otates apoyados sobre las asnas y cubiertos con lodo. El techo del segundo piso, hecho de la misma manera, se había caído. Un pedazo de tabla gruesa cubría en parte la entrada. Encontré en el primer piso una pieza adicional y en ella un esqueleto del que conservé el cráneo y algunos de los huesos importantes.

No lejos de ésta, y situada en parte muy escabrosa, había otra cueva que contenía diez habitaciones de un piso, del mismo material y construcción. Una puerta tenía pie y medio de ancha, y dos y medio de alta. Recorrí arrastrándome las piezas, que eran miserablemente pequeñas. El piso estaba revestido de argamasa, y en algunos cuartos advertí agujeros circulares abiertos en el suelo á la manera de los que había visto en Zapuri. Había también pequeñas aberturas cuadradas de seis pulgadas



Uno de mis compañeros en la Barranca de San Carlos.

por lado en la pared delantera.

Á veinte millas de allí y precisamente al norte del pueblo de Cavórachic, había una tercera cueva que contenía trece casas en ruinas. Era también el mismo su material, pero las casas estaban construídas hasta el techo de la cueva y redondeadas de las esquinas. Se veían igualmente troneras redondas, ocho de las cuales formaban una línea horizontal, habiendo otra más un poco más alta.

Podía caminarsé en ciertos lugares á lo largo del río, pero todo estaba muy desierto, pues sólo encontramos, en el trascurso de varios días, seis familias indias, dos de las cuales vivían allí nada más temporalmente. Tropezamos también con cinco indios dispersos que habían bajado de

la montaña en busca de juncos para flechas, etc. Casi era una dicha cruzarse con algunos seres humanos, pero por desgracia ninguno llevaba cosa que vender, á no ser algunos pescadillos, é iban tan necesitados como nosotros. Aunque llevábamos nuestro metate, nos era extremadamente difícil en aquella excursión de cuatro semanas procurarnos de un día á otro suficiente maíz para nuestras necesidades. Uno de los componentes de nuestro *menu*, nuevo para mí, pero común en el norte de México, era en verdad excelente cuando lográbamos conseguir lo indispensable para prepararlo, esto es, semillas de calabaza, que se molían muy bien y se hervían en una cazuela. Este plato, que es de origen tarahumar, se llama pipián. Poniéndole un poco de chile toma muy buen sabor, y en ese período de gran privación, me gustaba muchísimo.

Pero no á diario estaban á nuestro alcance tales gollerías; antes bien, durante varios días sucesivos, tuvimos que conformarnos con tortillas y agua. Cuál sería, pues, nuestro gozo cuando al fin acertamos á ver, al otro lado del río, algunas ovejas. Perteneían á una mujer que personalmente las guardaba, y que se hallaba pasando el invierno entre las rocas con su rebaño compuesto como de una docena de ovejas y cabras. Envié á mi intérprete para que tratase uno de dichos animales. Como no volviera, no obstante haber pasado el tiempo razonable, y el hambre nos agujase, atravesé yo mismo el río para ver á la interesante viuda. Encontré á mi hombre tratando todavía, tendido de barriga en el suelo y con la cabeza apoyada en las manos. Ella molía maíz en su metate y parecía no cuidarse de ninguno de nosotros; pero su atractivo personal me llamó la atención desde luego. Estaba en sus mejores años y tenía ojos hermosos y brillantes. Le corría por las trenzas una cinta teñida de amarillo con el color producido por los líquenes nativos, que sentaba maravillosamente al tinte aceitunado de su cutis. No